

carta, algún objeto que le diera nueva luz, que le tranquilizara, que le consolara acaso?

Aquel aposento estaba desordenado: los muebles, los cajones abiertos de prisa para llenar un baúl, no habían sido cerrados. Todo atestiguaba lo precipitado de la partida.

En una mesita de costura, revueltas con pedacitos de tela, hallábanse algunas cartas abiertas y sin duda olvidadas. Fijóse en ellas la atención de Roberto. Acercóse con la luz en la mano y las miró. Abiertas como estaban sobre la mesa, parecían como provocarle á que las leyera.

Por un momento resistió á la tentación: después, pálido, temblando como un malhechor, se inclinó sobre la mesa y leyó de arriba á abajo sin tocar el papel.

Era una calurosa carta de amor dirigida á Juana. Le recordaban en ella varios hechos: un encuentro, varias citas, promesas recíprocas, confesiones, compromisos para el porvenir... Le suplicaban que tomara una determinación, que no luchase más, que no sacrificase un amor verdadero á una amistad de la infancia, respetable sin duda, pero insuficiente para hacerla feliz. Hacíanle además mil apasionados juramentos, y le decían que todo estaba preparado para una partida inmediata.

—¡Ah!—exclamó Roberto.—¡Esta carta es la que le ha decidido!

No quiso terminarla ni leer las demás, y pasando por delante de Sofia Blanchard, que le esperaba en el dintel de la puerta, dijo:

—¡Adiós, adiós! ¡Ya no volveré nunca aquí!

XXXVIII

Ya en la calle, Roberto de Meillant tomó por la izquierda y echó á andar á largos pasos, sin volverse y sin mirar. No se alejaba de la casa de su prometida; huía de ella como se huye de una ciudad incendiada. Por lo demás, caminaba maquinalmente. No se decía: *Quiero que un largo espacio me separe de los sitios que ella habitó; quiero poner un gran vacío entre ella y yo.* No, no se decía nada de esto. Hallábase incapaz de formular un razonamiento. Huía de su mente el pensamiento, á la manera que él huía de la casa de Juana.

Sin embargo, hablaba al andar. Como los locos, repetía siempre las mismas palabras: *¡Ella... ella! Juana... Me ha engañado... ¡Ha huído con otro!*

Y aún era una dicha para él que su pensamiento se mostrara tan rebelde y tan ciega su inteligencia. Sufría menos; mucho menos que si se hubiera hallado en toda la plenitud de su inteligencia; que si el pasado, con su hermoso séquito de risueños recuerdos, se le hubiera aparecido con claridad. ¡Qué dolor, en efecto, representársela tal cual había sido para volverla á hallar tal cual era!

Y andaba, y andaba de prisa, quitándose de cuando en cuando el sombrero para que el aire

acariciara su ardorosa frente y la refrescase.

Y de esta suerte, con rápido paso, recorrió la calle de Saint-Lazare, pasó por delante del cuartel de la Pépinière, atravesó la plaza, rozó la reja de San Agustín y penetró en el boulevard Malesherbes. Aunque la cuesta es bastante empinada en aquel sitio, no moderó su marcha. Hubiera ascendido una montaña con el mismo paso febril.

Eran cerca de las once de la noche, y los escasos transeuntes que le encontraban decían, al verle correr de aquella manera, con la cabeza descubierta y hablando oslo: *¡Es un loco!*, y se echaban á un lado, cuidando no tropezar con él.

A la altura de la calle de Monceau fué visto y conocido por el marqués de R...

Lorenzo, después de haber pasado la noche en su hotel, y á consecuencia de una escena violenta con Matilde (pues el matrimonio andaba muy revuelto hacia algún tiempo), acababa de salir para tomar el aire y reponerse de sus emociones. Hallábase, poco más ó menos, en la misma disposición de ánimo que Roberto: siempre locamente enamorado de una mujer que ahora parecía cansada de él, desdeñando su amor. No conocía la verdadera causa de aquella frialdad tan manifiesta. Sospechaba fuese algún amor misterioso, pero no podía dar con la prueba, ni hecho alguno confirmaba sus temores.

Al principio del invierno, la marquesa de R..., de acuerdo con su marido, pensaba dar comedias y saraos. Abrió, en efecto, sus salones, y

el apresuramiento que cierta sociedad parisién, de relaciones fáciles cuando se trata de placeres, mostró en acudir á su casa, debiera haberle hecho perseverar en su propósito. Pero declaró bruscamente á Lorenzo que aquella vida mundana y ruidosa le disgustaba, y que quería vivir con menos ruido. Lorenzo se plegó á aquel capricho, como se plegaba á todos los demás, porque Matilde le dominaba, le dirigía por los sentidos, y hubiera opuesto á sus resistencias otras resistencias que le hubieran desesperado. Vivía ésta, pues, á su gusto, recibiendo apenas las visitas de sus antiguos amigos de otros tiempos, y saliendo todas las tardes con grande naturalidad á diferentes horas, sin que sus ausencias pudieran dar lugar á la menor observación.

Sin embargo, deseoso de conocer en qué empleaba el tiempo, habíala seguido Lorenzo varias veces, y siempre inútilmente. Matilde se había limitado, en aquellos días de espionaje, á dar un paseo por el bosque ó á hacer algunas compras en los almacenes de París. Cerciorábase Lorenzo de su completa inocencia, olvidando que, en el tiempo de sus amores ocultos ó de sus misteriosas citas con su padre, Matilde había sido aleccionada por él y por Simonnet á sustraerse á las miradas curiosas y á despistar á los espías.

Al encontrarse de repente con Roberto de Meillant en su barrio, delante de su calle, á las once de la noche, Lorenzo concibió una sospecha. Ya sabemos que, sin justo motivo, sus celos se habían fijado siempre en Roberto.

Por instinto desconfiaba de él. Por intuición temíale en lo que concernía á Matilde... amorosamente, como le temía bajo el punto de vista de su pasado... criminalmente.

Empezó en su consecuencia á seguirle de lejos con la vista, pues no hubiera sido fácil en aquel momento seguir de otro modo á Roberto con el paso que llevaba.

El señor de Meillant pasó por delante de la calle Monceau sin volverse, como si no supiera que semejante calle estuviera allí, á su lado, y que en ella vivía Matilde.

Tal vez era Roberto, para el marqués, un hombre hábil y práctico en toda clase de astucias: el marqués de R... creía sencillamente en los subterfugios de todo el mundo. Por un momento pudo creer que no se equivocaba. En efecto, Roberto, llegado que hubo á la altura del parque Monceau, se volvió bruscamente.

Lorenzo se echó á un lado y se detuvo delante de una puerta, como si esperara á que abrieran. La precaución era inútil; el señor de Meillant no le vió siquiera. Pasó con la misma rapidez, sin echar una mirada á la calle Monceau, y se perdió á lo lejos.

Lorenzo, tranquilizado, volvió á su hotel, en donde vió que se hallaba Matilde.

No sin motivo deshacía Roberto su camino; su precipitada caminata al aire libre, la obscuridad, el silencio de la noche, refrescaron su sangre, calmaron su agitación. Ahora tenía conciencia de su situación. Sentía el golpe que le había herido y razonaba con serenidad.

Juana no le amaba ya... Tal vez no le había

amado nunca... Amaba á otro... Había huído con otro... La niña adorada, la mujer por él elegida, su novia, la que debía ser la compañera de su vida, había muerto. Pero su pariente, la prima, la niña por quien había prometido velar, la huérfana de quien se había constituido protector, existía siempre. ¿Debía abandonarla á sí propia, dejarla que se entregara en cuerpo y alma á algún seductor, quién sabe si miserable intrigante? ¿No debía, si aún era tiempo, impedir que se cometiera una falta irreparable? El novio no tenía por qué mezclarse en sus nuevos amores; pero el hombre honrado podía y aun debía aconsejarla, defenderla contra ella misma, mostrarle la profundidad del abismo en que iba á precipitarse airadamente.

Y de esta suerte, siempre enamorado, pues no hubiera podido arrancarse por algunos instantes de su corazón un sentimiento que por tanto tiempo le había hecho latir, para continuar ocupándose de ella, para volverla á ver tal vez, intentaba persuadirse de que tenía que cumplir un deber. El amante se ocultaba tras el pariente, pero en realidad siempre era el amante quien obraba.

El señor de Meillant se detuvo junto á un farol para mirar la hora que señalaba su reloj. Eran las once y cuarto.

Nadie le impedía tomar el tren de las doce y diez para el Havre y llegar á aquella ciudad á primera hora, antes de que Juana, si continuaba su camino, saliera de aquella ciudad.

¿Pero había ido realmente al Havre? ¿Cómo

no había intentado ocultar la dirección que pensaba tomar?

Antes de seguir aquel camino, debía asegurarse de que ella lo hubiera tomado. Debía también enterarse de si había salido sola con Zoé Lacassade, ó si la acompañaba alguien. Cuando interrogó á Sofia Blanchard sobre el particular, notó que ésta titubeaba al responderle, y que parecía ocultarle algo. Preguntarle de nuevo le pareció inútil.

Era además muy tarde para ir á la calle de Châteaudun, y no se sentía con fuerzas para volver á entrar en aquella casa en donde su ídolo no estaba ya. Pensó que podría obtener algunos datos en la estación del Oeste, tomó un coche y á ella se encaminó.

Uno de los empleados que están junto al ventanillo del despacho á la hora de las salidas, para ayudar á los viajeros á sacar los billetes, pasó junto al señor de Meillant en el momento que éste bajaba del coche. Roberto se dirigió á él y le rogó que le indicase aquel de entre sus colegas que hubiese estado de servicio en la salida de las seis y cincuenta y cinco.

—¿En el expreso del Havre?—dijo el empleado.

—Justamente.

—Era yo, caballero.

—Entonces voy á pedirlos algunos datos. Había dado cita á mi hermana y á una de sus amigas para tomar con ellas el expreso del Havre... Un asunto importante me ha impedido acudir á tiempo, y quisiera saber si, á pesar de mi ausencia, se han puesto en camino á la hora

indicada... Si os hago algunas observaciones, ¿creéis poder recordarlo?

—Sí, señor; esta noche no había más que unos diez viajeros con destino al Havre.

—Mi hermana — repuso Roberto — tiene diez y ocho años, es bastante alta y muy morena. Su amiga es pequeñita, tiene el pelo rizado y se la toma generalmente por extranjera.

—Me acuerdo muy bien de esas dos señoras — respondió el empleado; — han pedido billetes para el Havre y las he visto subir las escaleras de las salas de espera.

—Mil gracias. Pero, por si acaso os hubierais equivocado, otro pequeño detalle, si lo tenéis á bien. Esas señoras debían ir acompañadas de uno de nuestros parientes. ¿Le habéis visto con ellas?

—No; estaban solas.

Otro empleado que se había aproximado, y que escuchó las últimas palabras, se mezcló en la conversación y dijo:

—Esas señoras estaban solas, en efecto, cuando tomaron los billetes; pero, apenas se fueron, llegó al despacho un jovencito, pidió un billete de primera para el Havre y corrió tras ellas por la escalera de las salas de espera.

—Os doy mil gracias, caballero — dijo Roberto muy pálido, pero tranquilo — Sólo me resta rogaros, siempre para evitar un error, que tengáis la bondad de darme las señas del joven de que se trata.

El empleado reflexionó un momento y respondió:

—Es muy bajo para hombre. Aparenta unos

veinticinco años; no lleva patillas ni barba, sino un bigotito negro. Es un joven muy guapo, aunque parece una niña.

—Es precisamente el retrato de mi pariente—dijo para disimular Roberto de Meillant.— Os lo agradezco en extremo; me habéis prestado un verdadero servicio.

Estos datos confirmaban las sospechas de Roberto: la persona cuyas señas acababan de darle, debía ser el firmante de la carta hallada en el cuarto de Juana Guérin. Los dos jóvenes no se habían atrevido á marcharse juntos ostensiblemente, pero se habían unido en el tren y hacían el viaje como si la casualidad les hubiera reunido.

Así que se despidió de los empleados, el señor de Meillant volvió al coche que le llevó á la calle de Amsterdam. Cambió de traje, metió revueltos algunos objetos en un saco de noche, cogió dinero, previno que estaría ausente veinticuatro horas, y volvió sin más tardar á la estación del Oeste. Daban las doce cuando llegó. Tomó un billete para el Havre y se fué.

Mientras que las personas reunidas con él en el departamento de los fumadores hacían sus preparativos para pasar la noche lo más cómodamente posible, se instaló en un rincón, encendió un cigarrillo y reflexionó:

¡Quién sería, pues, el misterioso compañero de Juana! ¿Cómo no le había encontrado nunca en su casa? ¿Cómo ningún detalle, ninguna frase, ninguna palabra habían revelado nunca su existencia?

Mas, aun admitiendo que una jovencilla

inexperta, de imaginación viva, exaltada por las desgracias que le habían acaecido, hubiera cometido la falta de escuchar ardorosas protestas, de dejarse conmover por una correspondencia hábil, ¿cómo su amiga le había prestado su concurso en aquella intriga? Zoé Lacassade era una excéntrica, una loca, pero siempre había gozado en las colonias reputación de muchacha honrada.

Reflexionando de sus ridiculeces, pero cuantos la conocían teníanla en mucha estima. Y de repente rompía con su pasado, hacía traición al mandato que se había impuesto, dejaba de velar por Juana, de quien era á la vez, como decía sonriente, aya, amiga, hermana y madre. ¿La habían también engañado? ¿Ignoraría las relaciones de Juana y creería hacer con su discípula un simple viaje, que también lo haría, por casualidad, un compañero de excursión, un desconocido?

Ahora que reflexionaba con más tranquilidad, Roberto se decía que había en todo aquello extremos incomprensibles, y que era preciso ponerlos en claro antes de emitir juicio. Pero, cuando abrigaba alguna esperanza, veíase obligado á reconocer que Juana le había escrito, y que Juana huía, sin temor á dejarle solo y desesperado.

A estos últimos pensamientos añadía otras reflexiones. Si encontraba en el Havre á Juana Guérin, ¿cuál debía ser su conducta? ¿La conduciría de nuevo á París? ¿La separaría de su compañero de viaje? ¿Con qué derecho? ¿Qué autoridad tenía sobre ella?

Juana no dependía de nadie. Sólo un tutor, á falta de los padres, hubiera podido imponerle su voluntad; pero como debía casarse en término perentorio con Roberto, y el matrimonio emancipa á la mujer, no se nombró consejo de familia ni tutor. El señor de Meillant no podía pensar, pues, en ejercer sobre su prima más que una influencia moral.

¡Pero el otro, el compañero de viaje, el seductor!... ¡Ah! ¡El tal!...

Y se detenía, y mandaba á su pensamiento que no siguiera adelante. Temía dejarse dominar por los celos. Quería que la novia desapareciera ante el pariente, ante el jefe de la familia.

A las cinco y media de la mañana llegó al Havre. Conocía perfectamente aquella ciudad, que había habitado por espacio de algunos días en dos ocasiones, algunos meses antes y cuando su primer viaje á Francia.

Así es que mandó le llevaran á los hoteles en donde Juana Guérin podía haberse alojado.

En la calle de París, en el hotel de Inglaterra, le respondieron que la víspera no había llegado ningún viajero en el expreso salido de París á las seis y cincuenta y cinco.

Dirigióse á los hoteles de Normandía y de Burdeos, sitios en la misma calle, y obtuvo igual respuesta.

Se encaminó á los muelles, en donde están los hoteles preferidos por los parisienses, deseosos de ver á lo lejos el mar y seguir el movimiento de los buques en la rada.

Las señas que le dieron de varios viajeros

llegados el día anterior no podían aplicarse á las personas que buscaba.

Más feliz en su antiguo hotel del Almirantazgo, en donde, como se recordará, hizo entrar en otro tiempo á la marquesa de R... después de su accidente en el coche, reconocieronle y se apresuraron á contestar á sus preguntas.

En breve supo que dos señoras, cuyas señas respondían á las de Juana Guérin y Zoé Lacassade, habían llegado la víspera á media noche. Pidieron dos cuartos, que ocuparon en efecto.

—Pero esas señoras no iban solas—dijo Roberto;—viajaban con uno de mis parientes, encargado de acompañarlas.

—Eso debe ser—dijo la directora del hotel, á quien se había dirigido el señor de Meillant.

—¿Qué entendéis por esas palabras, señora?—preguntó.

—A penas esas señoras tomaron posesión de sus aposentos, un joven bajó de un coche que se paró á nuestra puerta; me preguntó si acababa de recibir á dos viajeras, y, como le respondiera afirmativamente, me rogó le diera alojamiento.

—¿Y se lo disteis?

—Sí, en el pabellón.

—Veamos, pues. El joven de quien os hablo, mi pariente, tendrá unos veinticinco años. Es bajito, y lleva bigote fino y negro... ¿Es ese mismo?

—En efecto, caballero; y añadiré, si me lo permitís, que es de rostro algo afeminado y de tez sonrosada. En el Havre nos fijamos en eso,

porque nuestros jóvenes generalmente están curtidos por el aire del mar.

—Os doy gracias por ese detalle, que desvanece todas mis dudas... Son las siete—añadió consultando su reloj;—esperaré una hora y me anunciaréis á esas señoras.

—No las encontraréis, caballero.

—¡Cómo! —dijo Roberto palideciendo.— ¿Se han ido ya?

—Ruégoos me dispenséis por no habérselo dicho antes... Me habéis hecho varias preguntas á las que he creído debía contestar desde luego.

—¡Ah! ¿Conque se han ido?—repitió.

Y, á pesar de sus esfuerzos por permanecer tranquilo, su voz temblaba.

—¿A qué hora se fueron?—añadió.

—Apenas hace media hora.

—¿No os han dicho adónde iban?—preguntó violentándose.

—No han necesitado decírmelo. Se embarcaron enfrente de casa.

—¡Ah! ¿Se embarcaron! ¿Para dónde?

—Para Inglaterra.

—¡Cómo! ¿Para Inglaterra? El vapor que hace el servicio del Havre á Southampton sale todos los días á las tres de la tarde, si mis recuerdos no me engañan.

—En efecto, caballero, decís verdad, pero la salida de ayer no pudo verificarse por causa de una avería, y el vapor ha zarpado esta mañana.

—¡Cómo! ¿Conocían esas señoras ese retraso y lo han aprovechado?

—No lo conocían. Creo, además, que anoche, al llegar, no tenían intención de ir á Inglaterra; pero han salido muy temprano á pasear por el muelle: el tiempo era hermoso, estaba el mar tranquilo, y sin duda no han podido resistir á la tentación de hacer ese viaje... Por algunas palabras que les oí, comprendí que el mar no les asustaba y estaban acostumbradas á él.

—En efecto—dijo Roberto.—Espero—añadió haciendo un esfuerzo para no hacer visible su emoción—que mi pariente no las habrá abandonado.

—No, caballero, no. Se ha unido á ellas en el momento en que el vapor se disponía á desatracar, y han marchado juntos.

Roberto dió las gracias á la fondista por sus noticias, estuvo breve rato en el aposento que le habían preparado, almorzó ligeramente, y, después de consultar un indicador, mandó que le llevaran al camino de hierro.

XXXIX

No era con objeto de volver á París por lo que Roberto de Meillant se dirigía á la estación. Había, por el contrario, resuelto continuar su marcha y no economizar nada para reunirse con Juana Guérin.

Quizás debió haber seguido el camino que